



# Pregón Oficial 2009

DE LA SEMANA SANTA  
DE GRANADA



*Fotografía Fotógrafos:*  
**Javier Quesada Raya**

*Diseño:*



**REAL FEDERACIÓN  
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS  
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD  
DE GRANADA**

*Diseño Maquetación e Impresión:*



**Gran Vía 15, Oficinas 1ºB  
18001 - Granada  
Tel.: 958 22 66 22  
Fax: 958 27 88 42  
[clave@clavegranada.com](mailto:clave@clavegranada.com)**



**Pregón Oficial**  
de la Semana Santa  
de Granada  
**2009**

*Antonio Olivares Espigares*





## Introducción

*“Quiero llorar porque me da la gana  
como lloran los niños del último banco,  
porque yo no soy un poeta, ni un hombre ni una hoja  
Pero sí un pulso herido que ronda las cosas del otro lado”.*

1909. Federico acaba de llegar a Granada. La de su vida y su alma. Su amada Granada, su esposa y su mortaja. Es un niño, apenas diez años. Guiado por sus deseos de aprender hasta de la nada, recorre sus calles y plazas, forjándose la memoria que hará de él un poeta, un artista, y, al final, un mártir de infinidad de causas.

En 1909, Francisco Ayala es apenas un niño, y diez años faltan para que Falla se instale en Granada; Ángel Barrios, hijo de “el Polinario”, ya es un joven conocido de los ilustres de su tiempo; Rodríguez-Acosta acaba de recibir una Medalla de Oro, la primera que premiará su arte. Eugenia, emperatriz de Francia, ya es anciana, y probablemente recordará con pena su barrio de la Magdalena. Manuel Gómez-Moreno ya es profesor en la Universidad del Sacromonte, y aún no ha marchado a Madrid; y, precisamente, en el Monte Sacro, falta poco para que nazca la hija de Juan Cortés, el de los canastos, cuyo apodo mejor omite, niña que sería conocida como María la Canastera. También en 1909, Melchor Almagro abandona la política y abraza la diplomacia, y, de codearse con Ortega y Gasset, conocerá destinos como París, Viena y Bogotá. También en aquel año, Consuelo Tamayo, la de Santa Fe, bailaba por todo el mundo, antes de refugiarse en Granada. En este año, el abogado Natalio Rivas es diputado por la ciudad de la Alhambra. Y Joaquina Eguaras, con doce años, ya es greñúa del Realejo, y se prepara a conciencia para ser la segunda mujer universitaria de Granada. Elena Martín Vivaldi, con apenas dos años, es



una niña de pañales y Conchita Barrecheguren aún no ha cumplido los cuatro. El Dr. Olóriz apenas imagina que le quedan muy pocos años de vida. Fray Leopoldo ya estaba en Granada, celebrando justo diez años vistiendo los hábitos de capuchino.

9 de abril de 1909, el desfile antológico del santo Entierro Magno inicia su marcha desde Plaza Nueva en Viernes Santo. Testigo, el Hospital de la Encarnación, decenas de tenderetes de venta ambulante, Guardias Civiles de pie, en señal de respeto, frente a la puerta de la Chancillería. San Gil ya no existe, y casi en la esquina, la fuente escoltada por cuatro farolas. La Oración del Huerto del Convento de San Antón inicia la secuencia. Sobre un paso sencillo, tulipas alrededor, olivo y palmeras, el Cristo orante, frente al ángel, cáliz en mano, del que ha de beber. De Santa Paula ha llegado el Ecce-Homo, Jesús ante los Tribunales, y en la plaza de la justicia espera turno para seguir el desfile. Jesús de la Tres Caídas, de Santa Isabel la Real, con la ayuda de un cirineo y la presencia inquisitiva de un sayón, marchará muy pronto detrás, por Reyes Católicos, camino del Zacatín. El crucificado silente de José de Mora, venido de la Iglesia de San José, sobre un catafalco negro, sobrio y sin adorno, parece clavado para siempre junto a Santa Ana. También a su alrededor pero con asombroso silencio se arremolinan las gentes, devotas, respetuosas, decenas de niños lo miran absortos. De la misma Iglesia accede a la plaza la urna de cristal con el cuerpo yacente del Señor muerto. San Juan, el de la palma en la mano, de Santa Isabel la Real, y la Soledad del convento de Santa Paula, tan bella, tan enlutada y serena, tan madre... vestida con su esplendido manto bordado, siguen desfile por el centro de Granada.

Siete Pasos, en 1909, para conmemorar la pasión y muerte del Señor Jesucristo. Más en años siguientes, Jesús del Rescate, Señor de Granada, el Nazareno de San Antón, Cristo flagelado, las Angustias de la Alhambra o de San Andrés, y el Señor de la Sábana, el descendimiento portado por figurantes imbuidos del espíritu de Nicodemo y José de Arimatea, escoltado por nazarenos de negro, y hasta el Entierro de Jacobo "Florentino", arrimarían esplendor, arte y, sobre todo, devoción al Santo Entierro Magno.



La solemne comitiva en aquella tarde de abril de hace cien años bajó desde Plaza Nueva a Plaza Bib-Rambla, por Reyes Católicos y Zacatín, llegó hasta la Catedral, y desde el Pie de la Torre, giró hacia la Trinidad, para seguir por Mesones, Puerta Real y enfilarse la subida de regreso hasta llegar de nuevo a Santa Ana.

Mientras el Magno Entierro arremolina la fe de Granada en torno a sus devociones, desde el viejo Albayzín más cercano, se divisaba Granada, entre sombras y cuevas, y al fondo los colores suaves y apagados de la Vega, siempre plateada, llena de melancólicos tornasoles de color, y la ciudad presidida por la presencia solemne de la Catedral, con su inmensa girola y el ángel triunfador en su torre, ante todos los atardeceres.

Así nació el germen de la celebración de la Semana Santa de Granada, como actualmente la concebimos.

Un cofrade alhambrense, el contradictorio Federico, tres décadas más tarde, haría sencilla descripción de la Semana Santa de Granada, en el primer Pregón de su historia, diciendo:

*“El melancólico y el contemplativo (viaja) a Granada, a estar solo en el aire de albahaca, musgo en sombra y trino de ruiseñor que manan las viejas colinas junto a la hoguera de azafrañes, grises profundos y rosa de papel secante que son los muros de la Alhambra. A estar solo. En la contemplación de un ambiente lleno de voces difíciles, en un aire que a fuerza de belleza es casi pensamiento, en un punto neurálgico de España donde la poesía de meseta de San Juan de la Cruz se llena de cedros, de cinamomos, de fuentes, y se hace posible en la mística española ese aire oriental, ese ciervo vulnerado que asoma, herido de amor, por el otero”.*



Y, si un coetáneo adolescente forastero, Gerardo Diego, hubiera estado en Granada en aquella sagrada tarde de hace ya casi 100 años, a la Señora de la Soledad de Santa Paula le hubiera dedicado estos versos:

*Dame tu mano, María,  
la de las tocas moradas;  
clávame tus siete espadas  
en esta carne baldía.  
Quiero ir contigo en la impía  
tarde negra y amarilla.  
Aquí, en mi torpe mejilla,  
quiero ver si se retrata  
esa lividez de plata,  
esa lágrima que brilla.*

*Déjame que te restañe  
ese llanto cristalino,  
y a la vera del camino  
permite que te acompañe.  
Deja que en lágrimas bañe  
la orla negra de tu manto  
a los pies del árbol santo,  
donde tu fruto se mustia.  
Capitana de la angustia:  
no quiero que sufras tanto.*



## -II-

# Salutación, agradecimiento y dedicatoria

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Granada, Excmo. Sr. Alcalde, Muy Ilustre Sr. Vicario General, Sr. Consiliario de la Federación de Hermandades y Cofradías de Granada, Sr. Presidente, Dignísimas Autoridades, señoras y señores...

Se cumple un año más el rito honorable de pregonar la Semana Santa de Granada. Con la Cuaresma recién comenzada, Granada se prepara y se engalana para las celebraciones piadosas de la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Y una inesperada designación que tanto me honra, me lleva ante Uds., para cumplir con la dedicación y el esmero que tan alto encargo impone, con el Pregón de la Semana Santa.

Comencemos, pues, como es obligado, con el agradecimiento sincero a quienes han decidido designarme para tan alto cometido. Pongo el corazón y algo más. Espero no defraudar.

Agradezco también a mi presentador sus amables palabras sobre mi persona, y le agradezco su esmerada dedicación a la Semana Santa desde el cargo público que desempeña. Se nota que la siente. Aún guardo grato recuerdo de sus palabras comprometidas con su fe, con independencia de sus obligaciones políticas, que hizo públicas con sencillez pero con toda valentía, recientemente, con motivo de la presentación del cartel anunciador de la Semana Santa de este año que llevó a cabo en el Salón Consistorial con la brillantez habitual mi amigo y compañero Marista, Jorge Martínez.

Y en capítulo de las dedicatorias, comienzo entregando el corazón de este Pregón a mi esposa, Sonia, que lo es todo en mi vida, y cuya preparación ha padecido, con gesto animoso de haberlo disfrutado. A mi hija, Pilar, citada en Cuaresma con la vida, tiene en su familia a quienes salir cofrade. A Julia, regalo de Dios. En fin, a toda mi familia, a lo que me queda de ella y a la que se fue, especialmente a mi madre, que seguro que hoy me escucha desde una filial celestial de las monjas dominicas.

También, a toda mi familia cofrade, a la Cofradía de Santa María de la Alhambra, a cuya titular me encomiendo cada día de mi vida, y lo hago hoy -ya lo he hecho en su Casa- para que me ilumine lo necesario para hacer de este día una fiesta de fieles, de cofrades unidos por una sola advocación. A mi Consiliario, Don Antonio Muñoz; y a mi Hermano Mayor, José Luis.

Y, cómo no, dedico este Pregón a mi padre, que vivió una vida cofrade, con lo que ello supone de virtudes y defectos, y que me dejó feliz testimonio de dedicación constante a eso que llamamos Semana Santa y que a nosotros nos dura cincuenta y dos semanas.

Quien, en sus últimos años, siempre se temió el homenaje; Nazareno de Plata, orgullosamente recibido y a la vez soportado con sorna y mucha preocupación, como señal inequívoca de estar enfilando la recta final de la vida. Y no se equivocaba.

Quiso el destino de una muerte repentina que las últimas palabras que su hijo oyera de su boca fueran para su Semana Santa: *¡Qué bonitas son las Vísperas!* me dijo la noche antes. En verdad que para ser 3 de febrero, la única víspera inesperada era la del día de su muerte. Sus hermanos cofrades, Miguel y Ricardo, recogieron su cuerpo. Don Carlos rezó por su alma. José Luis decretó el luto. Sus demás hermanos le velaron, algunos le lloraron, y el hábito crema le hizo de mortaja en última estación de penitencia para ganarse la entrada en la Casa del Padre; y allá se fue, cubierto el féretro con la bandera de la Hermandad, y al cuello dos medallas: la de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y la de la Stma. Virgen de las Angustias coronada.



En aquellos últimos años, la Virgen de la Alhambra quiso bajar al Sagrario para que él, ya un tanto impedido, pudiera estar más cerca de Ella. Él y los miles de granadinos y visitantes que le rindieron culto a sus pies. Y pocos meses después de morir, la Madre se quiso volver a su Casa. Y después bajó a Granada en Sábado Santo, y lo hizo sin querer y en penumbra, dolorida, por si fuera poco, también por la muerte aquel día del entrañable y querido Arzobispo Don José Méndez, Buen Pastor de ovejas mansas. Y Pregonero. Y ante la puerta de mi casa, el cortejo se detuvo, Paco mandó variación solemne, y en el cielo se asomaron con él todos los cofrades de espíritu grande, a muchos de los cuales debemos los pilares y cimientos de nuestra actual Semana Santa. Por todos ellos, van también dedicadas mis palabras.

Y confío que allá estará a esta hora, en el Cielo, asomado a la baranda, nervioso, las manos en la cabeza, el corazón encogido, un nudo en la garganta, y todo el tiempo lamentando: *“¿A quien se le habrá ocurrido, dejar que mi niño haga el Pregón de la Semana Santa?”*







### -III-

## Pasión en Granada

(Basada en hechos reales)

### TRAMO DE CRISTO

#### *Jesús entra triunfal en Jerusalén*

La noche del Sábado, Jesús y los suyos han dormido en Betania. En Granada, la espera de lo imaginado se hace víspera e inminencia. Tarde de Sábado de Pasión, al encuentro de la visión impactante de los primeros Pasos, a punto para el gran día, arriados en sus Templos, con cofrades a su alrededor, empapándose de la presencia divina en cada esquina de la Iglesia. Los Priostes ponen una flor, y miran a su Señor. El vestidor ajusta la corona, y se baja para mirarla. Esa es la cadencia. Todo es así de lento, todo está escrito en libros invisibles de tradición cofrade. Todo está a punto de comenzar. Con la misma impaciencia ilusionada y nerviosa del joven cofrade que antes de dormir repasa su túnica, y besa su medalla, del músico en la hora de templar instrumentos, del costalero que enrolla su faja, seguro de sí mismo, de sus fuerzas y de su fe desbordada. De la Camarera que ultima Rosario y peineta.

La noche de Jesús en Betania también era de impaciencia e inquietud, pero no exenta de angustia. Amanece el Domingo, y pronto la caravana de Jesús toma camino a la ciudad Santa, y al llegar a Betfagé, Jesús instruye a dos de sus discípulos para que pidan prestada una borriquilla, a cuyos lomos, que nunca nadie antes había montado, entrar triunfante en Jerusalén. La Semana Santa empieza en la Sacristía de la Iglesia de los Redentoristas. A ella llega Jesús a pie, y con Él, todos los cofrades

de Granada, y lo reciben las autoridades, al frente de ellas el mismísimo Pastor de nuestra Iglesia. Es el júbilo en la entrada de Jesús en Jerusalén. Para cumplir la profecía de Zacarías, para demostrar al mundo que el Rey que llega triunfante es rey de espíritu y bondad, no de política y conquistas.

Cuando el Perpetuo Socorro abre sus Puertas a la llamada alhambreña, se inicia el trayecto a la Puerta Dorada de Jerusalén, la misma Puerta de Elvira traspasada por la comitiva, con cánticos y salmos, pasando por San Andrés, llegando al Darro, como si del Cedrón se tratara, haciendo valle, el de Josafat, con la Alhambra y el Albayzín, y al frente, en el Realejo, un huerto de olivos, y también de granados, higueras y almendras, algarrobos y palmeras.

El asombroso parecido lo completaría la mole grandiosa del Templo, espléndido de oro y mármoles cándidos, que hoy sería nuestra Santa Iglesia Catedral; y el cuadrilátero de la Torre Antonia, con cuatro torres a su alrededor, hoy Alhambra musulmana, símbolo también del Poder Real. Y al lado opuesto, la Casa de Herodes, con las tres torres que Tito decía inexpugnables, nuestra Real Chancillería, y, entre ambas construcciones, un laberinto de casas, algunas ocultamente suntuosas, bien parecidas a nuestro viejo Albayzín. Y todo ello ceñido por una doble muralla, en Granada, zirí, y en Jerusalén, abierta con puertas hermosas de madera claveteada.

El Paso de la Entrada de Jesús en Jerusalén, jubilosamente precedido de niños vestidos a la usanza, y de nazarenos penitentes, aún en tarde de alegría y luz, está variando en la Plaza Nueva. Con Jesús en la escena, San Juan y Santiago, San Andrés y el pequeño Zaqueo, entre niño y hombre, al que Jesús pide posada, y cuyo corazón convierte. Júbilo en la Plaza del Carmen, cuando la palmera del Paso asoma por Navas, la alegría contenida se desborda, y en el interior del corazón de los cofrades, luciendo en la solapa palmas en miniatura y hojas de olivo, se contienen “hosannas al hijo de David”.



## Jesús en la última Cena

Por la mañana, Pedro se había acercado al Maestro para preguntarle: *¿Dónde quieres que preparemos la Pascua? Id a Granada, y en el Realejo encontraréis cofrades de rojo y blanco; seguidlos, y donde entren decidle al Hermano Mayor: ¿Dónde está mi sala para comer la Pascua con mis discípulos? Y él, con orgullo, os enseñará un Paso tallado en rocalla, con esfuerzo, ilusión y fervor; hacednos allí los preparativos”.*

Fray Luis de Granada, en la puerta de Santo Domingo, dijo sobre la Santa Cena que era como si el amor de Cristo hubiera estado, hasta entonces, detenido y represado, y aquella noche le abrieran las compuertas y le dieran licencia para llegar hasta donde quisiera.

Suena el llamador en el interior del Templo; sobre el frontal, el capataz detiene su mirada en respeto ante la réplica dorada de la Custodia del Corpus Christi de la Catedral de Granada. Encima hay doce aldeanos junto a Jesús, que apenas aciertan a saber que están asistiendo a las horas más fundamentales de la Historia de la Humanidad. Uno de ellos es un traidor. Dos de los reunidos van a morir antes de 24 horas. Pero solo uno lo sabe. Y la vida de los otros once va a dar pronto un giro trascendente e invariable. Debajo, decenas de costaleros se fajan rezando en la responsabilidad de llevar sobre su espalda y pasear por Granada la escena de la vida de Jesucristo más llena de sentido y de amor.

La Santa Cena se hace pintura cuando asoma por la puerta de Santo Domingo. Perdida la perspectiva, fundida en el marco de una espléndida fachada, cuando el paso se arría, solo el crepitar de las velas nos recuerda que es una escena viva. Es Domingo de Ramos, cuando en otro punto de Granada, ya te llevan prendido, aquí en la plaza realejeña, vivimos el momento sagrado en que se va instituir la Eucaristía. El Paso inicia su marcha. Imponente. Abrumadora presencia, impresionante relato mudo. Silencio, hermanos. Que Dios vivo, el Jesús Sacramentado, sea por siempre bendito y alabado, se está gestando sobre esa mesa oscura, en torno a esos trece platos. Es pan

vivo, bajado del Cielo, venido del Realejo, hecho con las espigas del trigo, así es desde nuestros ancestros.

En Santa Escolástica, Jesús sigue los ritos de un ágape misterioso. En una levánta dedicada, el Señor reparte las hierbas amargas, y hace circular las copas, con el temblor en su santa mano de quien lo hace por primera o por última vez. Es el temblor que hay en un nuevo Sacerdote en su primera misa, y en la última comida de un condenado a muerte. Eucaristía y despedida.

De recogida, en la variación de la calle Varela, un niño fija su mirada en la bolsa. Identifica al traidor de la escena por las oprobiosas monedas, escondidas a la mirada de Jesús entre las faldas de sus vestidos. El pequeño se estremece, y en su misma inocencia imagina poder dar un salto, impedir la traición, arrebatar a Judas el botín de su pecado, quitar a Jesús el sufrimiento, y evitarle la Pasión.

## *Jesús ora en el Huerto de los Olivos*

Allende el torrente del Cedrón, junto al camino que hoy une Jerusalén y Betania, habría un lagar de aceite, protegido en un olivar, donde aún perviven erguidos, orgullosos, olivos de tradición milenaria. Ya era Viernes, y desde el Cenáculo al Huerto solo había un cómodo paseo. Era una noche primaveral de luna llena, en la que los apóstoles, con Jesús, salieron de la Ciudad Alta, y bajando una vieja senda de escalones, atravesaron el barrio de Siloé, para traspasar la Puerta de la Fuente, cruzar el Cedrón, hasta llegar al Monte de los Olivos. Los discípulos van taciturnos; Jesús, triste. Pensativo. Pronto, el Maestro se retira fuera a orar llevándose consigo a sus predilectos, Pedro, Juan y Santiago.



Cristo reza y cree, humano, que el Padre no le escucha. Aterrador silencio de Dios. La condición humana de Cristo sufre y se resiente. *"Pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya"*. Dios callado, negro silencio, el Hijo está gritando y el cielo permanece cerrado.

En Granada es Lunes Santo. En el Getsemaní del Realejo se corta el silencio. La tensión se llama Judas. La premonición, el mal fario, la mala suerte. La afilada hoja del olivo se mece, presagiando una tormenta. El desasosiego en el estómago. Un *quejío* en el gesto, torcido desde la mañana. Jesús se encuentra con la tragedia. El Nazareno duda. Se estremece ante el destino, se asusta, lo teme. Es la hora que antecede la traición más traicionera. La del díscolo discípulo, el de la puñalada traperera, el que vendió a Dios, por no amar a su Hijo. Jesús lo sabe y no duerme. Los demás se vencen. Y mira al cielo, esperando la ayuda. Su ánimo se descompone, pero el Padre está presto al Misterio. Mientras Jesús avanza por Santiago, las monjas Comendadoras, hijas del Apóstol, rezan en las celosías. Se ve llegar, Señor... la muerte reflejada en la copa del olivo. El maligno que se oculta sobre una luna, hoy de piedra blanca. La vida pende de un hilo. Jesús que mira a los suyos, vencidos en la velada, ya no rezan, sino duermen, que es como insulsa muerte. Se pierden ser testigos del momento más extraño, del más turbio de los instantes, del más trascendente acto.

*"Tristísima está mi alma hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo"*. Jesús reza. Reza ante su propio misterio. Reza por Sí mismo, es más humano que nunca. Y reza por los que duermen. Por los que, con el devenir de los siglos, dormimos nuestras creencias. Por los que estamos creídos de un Dios lejano y ausente. Por los que nos señalan. Los que dejan la fe a la moda. Por los que hemos abandonado a Cristo en su momento más duro. Los que hemos sido vencidos por una suerte de desidia mala. Por los que, como a sus discípulos, nos ha vencido el sueño de la sociedad pagana. Los que hemos perdido las fuerzas a base de no luchar nada.



Jesús reza. En Santa Escolástica el Ángel del Señor distrae su mirada. Lleva horas señalando el camino de la Gloria, convenciendo al Cristo vivo de que tras el trance llega el triunfo. De que la tragedia no es vana. Es el Ángel de rostro enigmático, de gesto equívoco, de sexo indeterminado. A mí me lo descubrieron una tarde en el Convento; fue uno de los Mora, una saga cristiana. Y los Ángeles de las cartelas, con rostros de niños buenos, hacen de nuevos guías al capataz del momento. Nuevos Ángeles, que al Señor no les falten. Los que en esa Hermandad han nacido. Los que en esa Hermandad se han albergado. Seguid así, hermanos. Que cuando al Ángel del Paso, vencido por el cansancio, le den ganas de bajar el brazo, estén vuestros niños prestos, para guiar vuestros pasos.

## *Jesús es prendido, y conducido ante los Sumos Sacerdotes*

Jesús es prendido con un beso en el Huerto de Getsemaní, y por ese gesto de falso amor, sale maniatado y compungido por la espléndida puerta de Nuestra Señora de la O, cautiverio sagrado, Iglesia del Sagrario. Sus discípulos han huido aprovechando las callejuelas de la Alcaicería, como en el barrio de Siloán, donde tras las ventanas y las celosías tiemblan luces de hogares donde celebran la Cena pascual. En el Paso de Nuestro Padre Jesús Cautivo, Él está solo, abandonado, asustado, pero sereno. Alonso Cano le mira, con respeto y aflicción, nadie quiso ayudarle, todos le miran con la curiosidad no siempre sana de quien ve conducir a un reo camino sumario hacia el proceso. Cuerda de presos para Jesús, atado a sí mismo a este mundo creado por el Padre, conducido con grilletes a presencia del Sumo Sacerdote. Tu Túnica aún es blanca, pureza robada por el traidor Judas, caminas con solemnidad y dignidad, te exhiben por Granada tus hijos, para que, al verte pasar, bajemos la cara por no haber hecho nada. Somos los hijos de aquellos que te vieron pasar hace veinte siglos, Cautivo, muchos de los cuales te condenaron sin juicio, como hoy hacemos con tanta gente sometida al escarnio de la duda.



Soledad en el prendimiento. Tus venas de las manos y los pies, hinchadas por las cuerdas, son el tímido adelanto del sufrimiento humano que te espera. Pero caminas con la serenidad que nunca va a abandonarte. A partir de tu convicción en el Huerto, Granada entera te verá decidido a asumir tu destino, por la voluntad de Dios. *“¿El Cáliz que me ha dado mi Padre, acaso no lo he de beber?”*

## *Jesús ante Pilato*

Pilato avergonzado cede a la injusticia. Con Barrabás liberado, el pueblo aún clama venganza, y el romano da la espalda al horror que le viene encima. Por querer salvar a Cristo, ordena un escarmiento, con la flagelación de su cuerpo, el Procurador confía en que los corazones se ablanden y evitarse con ello ver al falso profeta muerto.

Atado a una columna, el lictor se prepara, loco de violencia ajusta en su mano el flagelo ejecutor de la humillación más dolorosa que haya de soportar Jesús en su vida terrenal.

En el primer latigazo, Cristo se estremece. Jesús del Perdón asoma a San Miguel Bajo. El sol de tarde de Jueves Santo alivia su dolor. Y recuerda su propio mensaje: *“Amad a los que os odian”*.

El segundo impacto, sobre las heridas del primero, desuella la piel en tiras marcadas, como jirones delineados por uñas afiladas. El Paso avanza por la Plaza de Cauchiles. Jesús medita: *“Haced bien a los que os maldicen”*.

El tercer golpe abre la herida, difumina el hematoma, extiende por dentro la sangre contenida. El Perdón esta arriado en San José Alta. Jesús se retuerce. Y piensa: *“Ofreced la mejilla izquierda a quien os abofetea en la derecha”*.



El cuarto azote le humilla, contrae los músculos desgarrados, a modo de protección, y al forzar los tejidos, el dolor le penetra en las entrañas, y le produce quemazón. En los Grifos, sus costaleros alivian su dolor. Y el Señor recuerda: *"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia"*.

En el quinto, el lictor, de nuevo, ajusta el cuero, pero yerra y el escorpión de su extremo toca la cara del Redentor. Levantá en San Gregorio. Cristo dijo: *"Temed a los que puedan hacer daño a vuestra alma, no a quienes puedan herir vuestro cuerpo"*.

Los soldados han enloquecido, y al sexto golpe, la sangre brota en surcos arados sobre la carne humana. Por Cárcel Alta, junto a la Audiencia, donde otrora se ajusticiara a garrote, Dios recuerda a su Hijo: *"Tenéis que perdonar no siete veces, sino setenta veces siete"*.

Al séptimo, Jesús se descompone, y cae malherido, aplastando sus llagas en carne viva sobre la arena del suelo del patio de la fortaleza. Los soldados le hacen girar la espalda, llegando a Plaza Nueva, mientras el Altísimo le recuerda: *"Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados"*.

Por fin, en Granada, huérfano el Albayzín de su protector, la sangre de Jesús brota a borbotones de las heridas maceradas, abiertas, dejando traslucir los huesos, y llega a sus pies benditos, y se derrama, mientras, sin consuelo, el Señor silente aguanta. *"Esta es mi sangre que se entrega por vosotros"*.

Por su lado, Pedro ha negado a Cristo, vencido por el miedo. El gallo ha cantado dos veces, y él le ha negado tres. La voz del animal impacta en el corazón de Pedro, y estalla en una explosión de dolor inconsolable. En aquel momento, Jesús pasa ante él, maniatado y malherido. Imaginad qué mirada. Si Pedro esperaba el reproche, o la nada, recibió la infinita compasión. "No conozco a ese hombre". Lo dijo, nervioso y desolado, en San Miguel Bajo al inicio de la tarde del Jueves Santo. En los Grifos, Jesús ya le ha perdonado. Cristo se siente solo entre tantos granadinos y gentes



venidas de lejos atraídos por la fama de un esfuerzo imponente. El Perdón baja despacio por el Albayzín empedrado. Su soledad y mansedumbre, aunque de muchos rodeado, hacen sufrir más a Pedro. El Padre de la Iglesia, en su hora más baja, aunque haya negado al Maestro, aún no lo ha abandonado. Cuando casi todos han huido, cuando los demás ya están en Betania, su corazón sigue a Cristo, a prudente distancia. Cobardemente le niega, es verdad; pero valiente ha sido el Apóstol, decidido a entrar en el patio de la Casa de Caifás.

Al final, el Paso sigue por Cárcel Alta, y Pedro, sentado a la puerta de San Gregorio, mirando a la Calderería abajo, se da cuenta de que aún no ha empezado a ser discípulo de Cristo. Pero también sabe que algún día le amará hasta el extremo.

Soñé, Señor, que aquel Jueves Sagrado, todos los que te vimos pasar según Siloé te imaginó, volvimos a Granada, con el alma encalada como un Carmen del Albayzín, y que al ver tu mirada en nosotros, quisimos, como Pedro, no dejar nunca de ser tus discípulos hasta el mismo día en que nos llegue el fin.

*(Dedicado a Pedro López Muñoz)*



Ya te han azotado, Jesús. Quedas solo, roto en la columna, dolorido, amoratado; comparado con el criminal, el pueblo ha preferido que Barrabás sea liberado, y, entre tanto, Pilato medita cómo parar un triste e incómodo final. Apenas sales de tu Templo, Señor de la Paciencia, apenas tus costaleros realizan el esfuerzo de salvar la escalinata y ponerte en San Matías, solo posible fajados en una sólida fe innata, mientras te seguimos con la mirada y te vemos alejar hasta la variación de Navas, nos muestras tu más bella anatomía, con tu espalda cubierta de llagas.

*“Llagas embriagadoras”* que diría San Juan de la Cruz. *“Martirio de dolores y delicias”*, según lo sentía Santa Teresa de Jesús.

Es Nuestro Padre Jesús de la Paciencia, por fin en tu Hermandad, pero siempre en la devoción de toda Granada; desde tu templo del Apóstol San Matías, llamado a ser de los doce por la deserción del traidor Judas; desde tu Iglesia Imperial, que mandó construir Carlos V, devoto del Apóstol, muy cerca de donde nacería el Gran Capitán.

¿Cuántas heridas, Señor, caben en tu espalda? ¿Cuánto odio y rencor expresado en cada golpe te han dejado plasmada señal? 5.480 heridas, según revelaste a Santa Brígida de Suecia. Por cada una de ellas, tus hijos te dedican una oración.

### *Jesús es coronado de espinas*

Dicen que un peregrino te llevó al Convento de Nuestra Señora de Belén, de los Mercedarios Descalzos, y dicen también que obraste milagros en este lugar, incluyendo la resurrección de un niño. La fe, Señor de la Humildad, mueve montañas, y también mece tu Paso imponente, profundo sabor de barrio en Martes Santo.

De los golpes, a las burlas. Pilato se perdió por el Darro, y Jesús se queda solo con los soldados. Y éstos deciden jugar con el Señor. ¿Cabe mayor escarnio? Mofarse del Rey de Reyes, jugando al Juego del Rey, carnavales burlescos, evocadores de los saceos persas y los saturnales romanos. Jugar al *“basiliscus”* con alguien de carne y hueso, con quien dice ser el Rey de los Judíos.

En la Plaza de Santo Domingo, Fray Luis de Granada asiste horrorizado a la escena. Se quiere dar la vuelta, y no puede. Alguien baja por la Portería de Santo Domingo, trayendo una capa. Es una clámide escarlata que colocan a Jesús sobre su espalda en carne viva.



Contrastan los brillos del manto con tu sangre derramada. Ellos te veían ridículo. Nosotros quisiéramos ser manto para abrigar y aliviar tus sentimientos de soledad y abandono.

En el huerto del Colegio Mayor, alguien ha encontrado un haz de ramas de espino. Y surge la perversa idea de hacerte un púleo, un sombrero romano, que en lugar de fieltro lleve dolor y escarnio.

Y para completar el fanteche, al Rey de los Judíos le falta el cetro, que alguien fabrica cortando una caña, para que la sostengas vanidoso entre tus manos atadas.

Y ante ti se agachan, te reverencian con burla, hincan la rodilla en señal de falso respeto. Y te saludan diciendo: “¡Salve, Rey de los Judíos!”.

La borrachera de torturas crece, y los besos son salivazos en tu mejilla, te golpean con la caña en la cabeza, las espinas se clavan en las sienes, y uno de ellos, para rematar tu dolor, decide estampar su guante de hierro sobre la corona espinada, provocando que tu sangre vuelva a verse derramada. Y tu silencio les descompone y les provoca.

Tu capataz da la llamada. El escarnio tiene que terminar, y el Señor de la Humildad avanza por su Realejo, camino de la Catedral. Con qué silencio deberíamos contemplar esta terrible escena. Con qué pavor y desasosiego tendríamos que ver al Cristo que paga con humildad las burlas y las afrentas. El Hijo de Dios, sentado en el ridículo y la humillación. Coronado de dolor, con un cetro de caña. ¿Era esto necesario?

*Humildad es andar en la verdad*, lo dijo Santa Teresa de Ávila. *Cuanto menos es uno, más se encarga Él de todo*, añadió la Madre Maravillas de Jesús. *La humildad es verdad, y la verdad es humildad*, es frase de San Pío de Pieltrecina. *La humildad hace al hombre capaz de Dios*, así piensa Santo Tomás de Aquino. *No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo*, sentencia San Josémaría Escrivá de Balaguer. *Para enamorarse Dios del alma, no pone los ojos en su grandeza, sino en su humildad*, meditaba San Juan de la Cruz. *Todo el que se ensalce, será humillado; y el que*

*se humille, será ensalzado.* Lo dice el Señor de la Humildad, en San Matías, con su Paso arriado.

*¡He aquí al hombre!*

Vuelve Pilato de San Pedro. Jesús se muestra ante el Pretor con las manos unidas, atadas, con la corona de espinas, el rostro macerado, la espalda masacrada y cubierto con una túnica morada. En Puentezuelas, Jesús es mostrado a Granada. Pilato grita con fuerza *¡He aquí al Hombre!* Curiosa profecía la del pagano, cuando muestra al Señor ante todos, como el hombre verdadero, como el hombre nuevo, como el hombre más humano.

Barrio de la Magdalena. En Lunes Santo, el tiempo de pasión es eterno. Empezó ayer, y parece que fue hace un siglo. Y lo que nos queda por en medio. Las túnicas moradas, las capas color de oro. Al rescate de los perdidos va el Señor de Granada. Una revirá al regreso nos deja una instantánea. Jesús se mece muy corto. Nos lleva, no lo llevan. Suenan la Agrupación con fuerza. Sin prisa, con bulla o sin ella. Que una esquina de este barrio es como una Catedral entera. Que una variación de esa Túnica, es una catequesis completa. Piensa, mira y siente. El Cristo coronado de espinas, rescatado, maltratado. Trinitario. Sus manos entrelazadas sugieren resignación cristiana. Su faz, su rostro, dolorido y morado, esencia de belleza, pidiendo va una caricia, un alivio que no le damos. La Púrpura de los Leones apenas se mueve, va quieta. Descansa sobre un calvario. Muy corto, el Rescate se mece, por su barrio de geometrías perfectas.

Y allá en un balcón, cerca muy cerca, se funde nuestra mirada. Su cara, la de él, la de ella. En una terraza de un primero, un anciano envuelto en manta, sentado en una silla baja, con la cabeza gacha, apoyada sobre el pasamanos de su vejez pesada. Absorto lo mira y el Rescate le sostiene la mirada. Sus caras pasan muy juntas. Las cajas chinas repiquetea, se me hace un nudo en la garganta. Que me creo que se lo lleva, que el anciano lo desea, que se quiere ir a su Casa, a la del Padre, a la del Cielo. Y junto



a ellos, una joven, de facciones achinadas, de piel oscura, del otro lado del charco, no está ni en su casa, ni en su barrio, ni con su gente, ni en su tierra. Cuida al anciano por sustento. Pero también mira al Rescate, pensando allá en kilómetros. No deja de creer, ni puede, que su Cristo, el de su infancia, el que el conquistador le llevara, es el mismo Jesús, el que al Rescate le aguarda. La revirá no termina. El Cielo se eterniza, y la enfermedad se retarda. Pero cuando la marcha se altera, y el Rescate da la espalda, que la Magdalena les espera, la tristeza les embarga. El viejo entorna los ojos. *“Que el próximo año te vea”*. Lo que musita el anciano, lo que la joven le reza, solo a Él le llega. *“Me verás”*, le contesta. Será en el Cielo o en la Tierra. Esa es tu fe, hermano. La que hoy brota en la Magdalena, la que color morado lleva.

## *Jesús es sentenciado*

El Darro es testigo de la justicia de Granada. Domingo de Ramos, el Señor sentenciado asoma a Santa Ana. Cara mudada, pálido el gesto, las muñecas atadas. Le ha retado Pilato, cansado del Nazareno, molesto. Al pasar la Chancillería, los jueces bajan la cara. Sumos Pontífices de la injusticia mundana, te han llevado a la presencia del Procurador romano. A su lado, una palangana con agua; no hay más normas, ni preceptos, artículos o reglamentos. Solo una zafa vale para escenificar la parodia de una justicia vana. Pasas por nuestro lado, Primer Puente, Pretorio bajo la Alhambra. En cada chicotá, cuando sentimos tu mecida, el papiro se sacude. El soldado a tu misma vera, sostiene la hoja afilada del pilo que oscila y se clava en la Torre de la Vela. Pilato mira nervioso, su esposa en el ensueño queda. Pero me fijo en tus rodillas, Señor, que parecen flaquear y quebrarse, ante el peso de la Ley, ante la lectura que te acusa de querer ser, de todos los reyes, el Rey. Pero la sangre del Redentor no se lava. Las manos del romano quieren limpiar su pecado. ¿Dónde está tu abogado? ¿Quién viene a defenderte? Tu Sentencia está ya escrita, tu Reino no es de este mundo, y tu condena está maldita. Al paso de tu Misterio, preguntas, Señor, de qué clase es nuestra justicia. Qué hacemos cada día



ante la pobreza y la miseria, ante la opresión y la ignominia. Por que nos lavamos las manos ante los niños muriendo, el hambre, o el maltrato. Ante la marginación, la droga, o la prostitución. Dame agua, Pilato, y ponte a lavar mi mano, que no puedo sostener la mirada al Nazareno, condenado.

## *Jesús toma la Cruz camino del Calvario*

Es Martes Santo, y desde la primera mezquita consagrada al cristianismo por los Reyes Católicos, antigua de Al-Taibin, en la calle más larga del Albayzín, en lo que muchos citan como una antigua vía romana camino de Guadix, los fieles se congregan para ver a Jesús de la Amargura, iniciar el Santo Vía Crucis, huyendo de Granada; por San Juan de los Reyes, parece buscar aire en las lomas del Monte Sacro, hacia el cerro del Aceituno. Asoma a Granada desde templo de conversos, donde muchas generaciones de granadinos habían abrazado la fe cristiana, y abandonado la musulmana.

Apenas ha empezado la tarde, por eso las luces del sol buscan las bocacalles, y asomando sobre la Alhambra, bajan al Darro, y suben al Albayzín buscando morir en morado. Se pone el sol sobre la taracea, o *Tarsia*, que aún hoy sirve para unir Damasco con Granada.

Y el Señor sobre su espalda lleva el madero tallado... Su rostro refleja miedo. Su cuerpo, esfuerzo y dolor. Agarra la Cruz como solo Él nos enseñó. Y camina cansado por las estrechas calles de su propia amargura. En un claro del camino, en donde la luz del atardecer más fuerte penetra, Jesús manda parar el Paso. Se despide de Granada, mirando los Tristes bajo la Alhambra. Y eso le aumenta la pena. Atrás queda su casa, San Juan de los Reyes, y erguido un minarete, elevado por los almohades, arcos dobles prolongados en paños de sebka, con ladrillos realzados, frisos de lacería, dibujos geométricos, Giralda en miniatura.

Lloraba la Quinta Angustia de Francisco Chacón, rezaba la Virgen de Pablo de Rojas, que fuera patrona de Granada, y se lamentaba una Dolorosa de Torcuato Ruiz de Peral. En la puerta de la placeta de las



Escuelas, bajo una hornacina en que estuviera antaño la Inmaculada de Alonso de Mena, Atanasio Bocanegra despide a Jesús de la Amargura del templo en el que el pintor fuera bautizado.

Al llegar al Chapiz, Cuesta del Arrabal Blanco, de la Casa del Gran Capitán, sale a postrarse ante ti, Don Luis Fernández de Córdova, Alférez Mayor de Granada, y Comendador de Villanueva de la Fuente. No tiene paciencia en esperar a verte en su primitiva ubicación, en la Placeta de las Descalzas.

Si dejas el Gólgota de los gitanos, para la agitada noche del Miércoles Santo, es para bajar a Granada, y llegar a la Catedral, desde donde este Pregonero, en infancia, te acompañó una vez penitente, sobrecogido por tu estampa nazarena, vistiendo túnica morada, recogida en la Cuaresma en el albaceazgo tertuliano de la calle Príncipe, Óptica Isol.

San Juan Evangelista, y el Bautista; San Cecilio, el copatrón, San Juan de Cetina, y San Juan de Dios el otro copatrón. San Juan de la Cruz, San Gregorio de Ilíberis, Obispo de Granada; San Pedro de Dueñas, mártir; San Pedro y San Pablo. Nómina del santoral para acompañar tu amargura. Capillas y cartelas con la Historia de la Fe.

*Te adoramos Cristo y te bendecimos  
Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

El camino hasta el Gólgota, partiendo desde la Fortaleza, era de apenas mil pasos romanos, unos 900 metros. Jesús inicia su camino al Calvario desde Plaza Nueva en Martes Santo. Desde la Plaza de las Descalzas, en Miércoles. Y desde el Convento de Zafra, y el alto Albayzín en Jueves Sagrado. El Señor lleva su Cruz tantas veces cuantas los hermanos de estas Corporaciones le rezan e imploran fuerzas para aguantar el peso de los males terrenales de esta vida.

Jesús del Gran Poder, por el centro de Granada, como en Jerusalén, rodeado de tenderetes, de bazares y de mercados, de curiosos y turistas, camina sujetando el peso de la Cruz, y recordando su vida de predicación, junto a los suyos, los discípulos que ahora le han abandonado. Y una vez más, se siente solo.

Camina con la Cruz a cuestas, por la Plaza Nueva, con paciencia y serenidad, recorriendo su distancia, sobre todo al regreso, cuando la Santa Cruz más pesa, con la dignidad nazarena acompasada al mecer de su túnica, bajo el testigo de la Vela. La Plaza que cuando fuera musulmana, y aún Tú, desde tu Deidad absoluta, recorrías, se llamaba de los Leñadores, tan entrañable como una mano abierta, que diría Gala describiendo su Granada de los nazaríes.

La Plaza Nueva, mi Gran Poder, si tuviera rostro y alma, cuando Tú pasas, sería grave, serena y callada, y se escucharía un rumor de llanto con el Darro humillado a tus pies. Plaza de Justicia en una época en la que en el centro de esta plaza se erigía desafiante una horca. Sería de justicia mundana, porque cuando Tú pasas, Señor, ante Chancillería y Juzgados, Tú y tu Gran Poder, subido en los estrados de tu Paso de plata, sois la única verdad, la equidad, el perdón, y la misericordia infinita.

Nuestro Padre Jesús Nazareno, desde el Convento carmelita, pone pie en la Plaza de San Juan de la Cruz camino a San Matías, sabiendo que en un corto trayecto, todo habrá terminado. Apurará el cáliz de dolor y su cuerpo morirá dolorido. Paso racheado de su andar costalero; túnica morada, acompasada con sus latidos cada vez más débiles; Jesús piensa y sabe que se había hecho hombre para esto. Que debe abrazar la Cruz que, como divino carpintero, nunca fabricaría, la de la injusticia, el tormento y la villanía.

Jesús de Pasión sale a San Cristóbal cuando la luz de sol en la primavera del Jueves Santo ciega sus ojos divinos. Cabellos dorados del Albayzín lorquiano. Oro viejo sobre las santas potencias Bajar a Granada, compartiendo su Cruz primero con todos los albaicineros que sienten el peso del sufrir hiriente. Cruz para escalar a las Puertas de Cielo. Y después con todos los granadinos devotos de su Señor, llevando la Cruz como estandarte de salvación segura. Cuando vuelvas, Jesús de Pasión, desde la Cueva de la Retama, miles de corazones flamencos cantarán para aliviarte los males.



Desde el Monasterio de la Concepción, nuestro Padre Jesús del Amor y Entrega, túnica blanca, besa la Cruz de Redención. Y a partir de su beso, desde el momento en que acepta su destino, a nosotros ya tu Cruz no nos pesa, se ha convertido en sacramento, la Cruz está bendita. Como dicen tus religiosas franciscanas, Jesús se entregó a la Cruz por amor, y con amor lo pasean por Granada sus costaleros.

### *Jesús cae hasta tres veces*

Jesús no ha comido ni ha dormido en toda la noche. Son las primeras horas de la tarde del Lunes Santo en el Barrio del Zaidín. Un barrio lleno a rebosar de fervor y devoción, rendido a los pies milagrosos de su Cristo del Trabajo. En la Avenida de Dílar, Jesús ya conoce la dureza del suelo. Parece en su trayecto no sentir los pies; no es extraño, costaleras devotas ponen fuerza y delicadeza, la que solo mujeres pueden dar, para conducir al Señor y exhibirlo, aunque caído, en toda su grandeza. Protector de un barrio próspero de gente buena y alegre. Esta tarde del Lunes Santo, brilla el sol sobre el leño en que el Señor apoya su venerada mano.

En poco tiempo, el Santísimo Cristo del Trabajo se encontrará con las santas mujeres sobre su Paso. Tras la primera caída, María sale al encuentro de su hijo, como muchas madres del barrio han velado por los suyos en Casillas Bajas, Santa Adela, Vergeles, o Madrigales.

Y el Señor incorporado, mirando al Cielo, bendecirá también La Cruzada, Ciudad Jardín, y la Divina Infantita; los Alminares y el Parque de las Infantas. Y cuando vuelva al Zaidín, volverán los fervores a encerrarse en el Corpus Christi, y volverán los devotos a rezarle y a rogarle para que alivie sus males.



## *Jesús es auxiliado por el Cirineo*

Un romano, joven y apuesto, erguido en la delantera, quiere hacerte de guía, señalándote el camino. Delante, tu capataz; desde Santo Domingo va buscando callejuelas y caminos que a la Gloria te quieren llevar; pero el romano le conmina, que sea fiel a la historia y que te conduzca al Calvario donde te van a crucificar. En la trasera, agachadito, menudo, y casi desapercibido, el Cirineo te intenta levantar. Quiere coger tu Cruz. No sabe cuál es tu injusticia, ni a quién has ido a matar. Solo es que te ve sufrir, te ve sangrar y casi morir de esfuerzo, y solo pretende ayudar. Y ahí Señor estas tú, sosteniendo la Cruz, caído, y sin embargo incorporado, señal de que no estás vencido. ¡Cuántas caricias deseadas, y retenidas en el corazón de tu barrio! Cuántos de tus hijos, al verte pasar quisieran tocar tu pálida faz, y quedan hipnotizados por el mecer de tus cabellos. ¡Es Jesús! ¡Es real!.

Sabemos cuánto pesa la Cruz de Cristo, cómo a Nuestro Señor le aplasta. Hemos visto esos maderos caer con todo su peso sobre la espalda dolorida del Redentor del mundo entero. Pero los cristianos, tus hijos, no podemos soportar una visión tan hiriente. Un sufrimiento tan real, un dolor tan penetrante. Y así hemos hecho que tus caídas, Señor, aparenten ser livianas, a base de ensalzar tu belleza y bondad, no tu pesar. Tu gesto resignado, ejemplo de sufrir callado. Así, en un Paso de tronío, dorado con el esfuerzo de tus hijos más devotos, tu figura aparece ligera, frágil y sostenida. Tus costaleros te mecén suave, marcando con el derecho, que quieren llevar tu Cruz, con la que expiar sus pecados y tus dolores aliviar.

## *Jesús es despojado de sus vestiduras*

Despojado. Despojado de todo. La túnica que te cubre es tu único equipaje. Calle San Antón arriba, mostrando la desnudez de tus hombros, nos enseñas tu propia esencia, hecho hombre, para redimirnos del pecado. No sabemos -ni queremos- vivir sin riquezas. Apegados a la vida, a la



materialidad inútil. Alguien te ofrece, burlón, un cáliz del vino malo. Pero mira, hermano, su rostro, sufrido por la desgracia, desgarrado el corazón, pero no el alma. Desnudo y humillado. Las marcas en tu cuerpo del padecimiento humano. Y tu faz, Señor, entregada y serena, con el gesto de hombre bueno, haciendo de la humillación, virtud. ¿Cuánto vale tu ropa, Jesús? ¿Cuáles son tus bienes, Señor? A suertes se la juegan, sin saber que en la maldad de su desprecio, delante tienen el paño que cobija la desnudez del alma, el abrigo de los pobres, el vestido de los desnudos, el pañuelo de las lágrimas de los que mucho sufren. ¿Quién se atreverá, Señor, a vestir tu túnica sagrada? ¿Quién querrá llevarla llena con tu sangre derramada? ¿A quién favoreció la suerte del más desventurado azar? ¿Quién te quita la ropa, mi Dios? ¿Quién puede afrentarte tanto? Cada vez que vestimos, solemnes, el hábito de nuestra penitencia, cada vez que el rancio olor del tiempo impregnado en las entretelas, el incienso retenido, la cera remarcada, nos recuerda las penitencias pasadas; cada vez que nos ceñimos el cíngulo, el fajín o el esparto; debemos preguntarnos si somos nosotros acaso los que a Cristo, hemos desnudado.

### *Jesús medita ante la muerte*

Desde la Puerta de Gennah ya se veía de cerca el monte Calvario. Su forma de calavera y la visión directa de tres palos erguidos en el lugar de las ejecuciones era evidencia de mal presagio. Apenas cien metros separaban al Señor del cadalso. Es fácil imaginar lo que Dios hecho hombre pudo sentir, al ver la sombra alargada de los maderos enhiestos, rompiendo el cielo, amenazando el alma, en un horizonte tan próximo.

Allí mismo, donde ya se habían repartido a suertes su Túnica sagrada, ya viste Jesús el paño de pureza, y se sienta cansado a meditar su existencia.

Recogimiento, devoción y silencio. La Meditación sale de San Justo y Pastor. El Templo en el que este pregonero se hizo cristiano, en manos de sus queridos padrinos, que también hoy me escuchan desde celestial tribuna.



A ellos, devotos católicos, también dedico mis palabras, a quienes, siguiendo la santa costumbre de la época, quisieron conducirme ante la Pila, llevarme a cristianar, apenas con unos pocos días de vida.

Jesús de la Meditación: vuelves al encuentro de Granada, desde que bajo la advocación de la Paciencia pasearas la ciudad en Viernes Santo, en la Cofradía de los negros y mulatos. La figura de Jesús, recoleta y menuda, aparenta serenidad y mansedumbre, una pausa en la pasión, un momento de duda. En las puertas de la tragedia, en el espanto y el dolor, Jesús es el hombre tranquilo, asentado en la cordura.

¿En qué piensas, Jesús? ¡Un denario por tus pensamientos! Tus evangelistas lo ocultan. ¿Imaginas, acaso, una horrenda muerte, vencido en la cruz tu cuerpo, ya ultrajado en el camino, humillado, desnudo...? ¿Temes por ti, y lamentas tu desventura, callas tus quejas, asumes tu destino?

En realidad, solo acabas de comprender que ha llegado tu hora, la señalada por el Padre desde la misma Eternidad. Lo asumes, sereno. Te enfrentas a una batalla de muerte segura, para vencer al pecado, misión que te fue dada. Lo que va a ocurrir a continuación, en lo que tranquilo meditas, apoyando tu rostro en tus manos, en lo que te queda de vida; eso es lo que da sentido a tu venida.

## *Jesús es clavado en la Cruz*

*Niño, déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados*  
(Romancero Gitano, García Lorca)

A Jesús lo van a clavar un soldado lleva la maza, otros los cuatro clavos. Le disponen en la Cruz, un clavo en la muñeca izquierda, un clavo en la derecha, y un clavo para atravesar sus pies; y un romano del séquito,



moreno, gitano, y zalamero, mirando a Jesús sufriente, se queda el clavo sobrante, pensando para sus adentros, que en mi Abadía son cuatro, para que estés bien amarradito, que no queremos que te vayas, que el Sacromonte es tu palacio, y San Cecilio tu criado. Que cuando todos estos se vayan, para aliviar mis pecados, yo te los quitaré uno a uno, parando a rezarte un padrenuestro cantado, y después te leeré las manos, para predecirte el futuro, y te diré que dentro de veinte siglos, con hogueras y cánticos, en el barrio de las cuevas, en la vieja Granada, todos los gitanos cristianos, ya cultos y devotos, venerarán estos cuatro clavos, los tres clavos que llevas y este cuarto clavo gitano, y en romería y santa fiesta a ti se encomendarán, con saetas y martinetes, subiendo las siete cuestas, entre jazmines y pitas, claveles y chumberas, y con devoción te rezarán, y por todo eso, Cristo del Consuelo, fuiste Tú el que quiso que los gitanos que mueren, los recibas en Valparaíso.

## *Jesús muere en la Cruz*

Cristo es crucificado en la misma puerta del antiguo monasterio de San Basilio, antigua aduana de especias. Erguida la Cruz, a Jesús le queda poco tiempo de vida. La sangre no cesa de caer de sus manos y sus pies, y un reguero santo se pierde por el puente, y se lo lleva el Genil, al juntarse con el Darro. Si en algún momento deja de brotar, cada vez que Jesús se mueve, en cada chicotá de sus devotos costaleros, a cada instante en que Jesús, asfixiado, quiere incorporarse para tomar aire, su sangre cae al pie de su cruz, derramada por nosotros. Está a punto de cumplirse el destino. El Señor jadea subiendo la Carrera. Ante las Angustias, la Madre lo mira. Pero Él ya no la ve, o la presiente borrosa. Hay nubes que oscurecen la luz de la tarde, y el agonizante vive en soledad el último trance.

Cuando el Santísimo Cristo de la Expiración, cuando el Cristo escolapio es llevado a la Catedral, exhibiendo su anatomía perfecta de hombre, sobre una enorme cruz arbórea, recordamos el instante en que nuestro Señor gritó, pronunciando las palabras que más han conmovido a Santos y fieles de todo el mundo, y que más han trastornado a pensadores y teólogos. Palabras pronunciadas, de recogida, en el Puente Romano,



más bien zirí, en donde leones sobre pedestales con los escudos de la ciudad, te escoltan, Señor, cuando desde tu inmensa Cruz divisas ya la Parroquia de San José de Calasanz.

*¡¡¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?!!*, grita Jesús lo que no gritó en el huerto en Santiago, lo que no lamentó en la columna en San Matías, lo que aguantó silente en el escarnio espinado de la coronación, allá por Santo Domingo; lo que no se quejó en la calle de la amargura, en San Juan de los Reyes.

¿Por qué Cristo clama así al Padre? Decía, tajante, Pablo que *“Cristo nos rescató de la maldición haciéndose por nosotros maldición; porque esta escrito: Maldito el hombre que pende del madero”*.

No será este humilde pregonero el que pueda resolver este terrible Misterio que tantos teólogos han planteado, pero yo les digo que en Granada, la respuesta pasó ayer, crucificado también, justo al lado de este mismo puente: la Redención.

El Santísimo Cristo de la Redención, el cristo salesiano de San Juan Bosco, desde hace 25 años, pasea por Granada la explicación a las graves palabras gritadas en la Expiración del Señor el Viernes Santo. Redención. Jesús ha hecho suyos todos nuestros pecados, y nos ha salvado, nos ha redimido en la misma Cruz; el Cristo Redentor, el del Zaidín granadino, se ha hecho radicalmente uno de nosotros. Ese Cristo cabizbajo de muerte, con el paño de pureza largamente caído tras sus piernas inertes, representa el mismo momento en que Jesús siente la lejanía del Padre, se hace uno de nosotros, traspasa la barrera del mal, para bajar por sus hijos, y sacarlos del pecado. Es el Cristo salesiano, arropado en comunidad religiosa de alumnos y padres, el que simboliza el mismísimo sentido de la muerte; porque aunque muerto, es comienzo de resurrección.

Así, en el mismo Puente Romano, el Cristo de la Expiración escolapio, además de pedir al Padre el perdón para los que le han crucificado, gritará también en su interior que la lejanía de Dios no será para siempre, que su Gloria está llegando. Expiración y Redención: en un solo momento, llega la muerte, y, a la vez, la salvación.



## *Cristo ha muerto*

El silencio de Plaza Nueva, ese sí que es un Pregón. El de todos los granadinos, el de la fe más honda, la que brota de venas de sangre andaluza, en la Granada profunda y lastimera. A tu paso, Señor, me callo. Se oscurece mi vida, se apaga el ánimo. En la esquina de Santa Ana, junto al Pilar del Toro, se santigua el agnóstico. Baja la cara el ateo. Y duda. Nunca un cuerpo tan muerto transmitió tanta vida. Si alguien pudiera tocarte, y Granada entera lo quiere, palparía tu piel tibia, apagándose lentamente, enfriándose con la brisa gélida del Darro. Limpiaría yo tu saliva, cayendo de las comisuras, y la humedad del pañuelo me estremecería. Oiría el silencio de una inmensa paz, asomado a tu boca entreabierta. Besar tu rostro querría, pero mis propios latidos me impiden dejar de mirar tus ojos, a los que les queda aun un ápice de vida. Jesús se ha muerto ahora mismo. Hace un momento estaba vivo. El silencio del luto, hace un instante ha sido. El Hermano Mayor, con la voz quebrada, con la pena en el habla, lo anuncia a Granada. Y desde San Pedro, en el Darro, su voz resuena lúgubre, y viaja hasta Pasiegas, para subir, cercano el alba, a San Nicolás. *“Santísimo Cristo de la Misericordia: ¡Granada te espera!”*

Jesús ya estaba muerto el Lunes Santo, en el Monasterio del Santo Ángel Custodio, silencio en San Antón, Santo Crucifijo y protector de Granada. Negra túnica, negra cola, cruz de Jerusalén, silencio en promesa, estremece tu rostro, muerto en la asfixia, lirios morados y cardos del Nilo, luz de amarillo tiniebla. Se antojan circunspectos los rostros cubiertos con antifaz, mudez del habla, y también del alma, huérfana momentánea de Dios. Paz y sosiego en el andar costalero. Crujen las maderas, el capataz manda en sigilo, el contragufa le guarda el secreto, el Señor está muerto, no cabe duda. Tres regueros de sangre, y una fuerte lanzada, en tu pecho sagrado. Misericordia en la mirada, o en lo que queda de ella. *No llores si me amas*, decía Cristo por boca de San Agustín. *“Ama y haz lo que quieras”*.

Tres de la tarde en Viernes Santo, luto en el alma, el corazón del Realejo cumple el rito, con riadas de fieles surgidos de todas partes, hacen grandes las bocacalles y las callejas, cristianos de Granada, con cierta

congoja en el alma, aunque pasen siglos, la pena no se acaba. Niños de la mano de sus padres, jóvenes con esperanza y sentido, ancianos de primera hora, sentados cerca del Cristo de piedra, vestidos de negro, cubierta la cabeza, la mirada densa, el gesto perdido, la oración no cesa, la fe es inmensa. Cristo va a morir en el preciso instante en que se calle la plaza, y la nube pequeña tape el sol como velo en el alma. Suena un clarín, nadie calla las campanas. Un perro ladra, o tal vez presagia. Cristo muere en Granada. Favores rogados, miles de intenciones, pedidas sin murmullo, en absoluto silencio. Antológico respeto. Reza el creyente ante casi nada. Ora delante de un Cristo inerte, sin mecida, sin colores; reza junto al hermano, prójimo a tu lado, compartes sin rubor la fe y la esperanza, aire de tristeza, incierta melancolía, una oración por cada llaga, esto solo pasa a las tres de la tarde, en Granada.

Muerto Jesús en la Cruz, el símbolo máspreciado de nuestra fe, aún debe mostrarse en Viernes Santo, ante la mirada apenada de los cofrades de Granada.

Buena Muerte, desde el apeadero de San Juan de Letrán, puntuales tus hermanos te marcan camino alumbrando con farolillos ferroviarios, candiles de lata, faroles de cola, rojos y verdes, sobre el balasto de las avenidas, mirando a la Sierra, catenaria nevada, adentrándose en Granada, camino de la Catedral, estación de oraciones, topera de penitencias. Buena Muerte, que a nadie, seguro, evoca la literal traducción griega de “eutanasia”. Muerte digna al que sufrió y murió por nosotros. Vida humana indisponible, propiedad del Creador, última voluntad en la voluntad de Dios, manifestada en las Leyes naturales. A veces la vida se arría, lentamente y a pulso, y duele la agonía y el tránsito, así lo quiere el que te creó. De Dios somos y a Él nos debemos, hasta que suene el definitivo *“jahí queó!”*.

Los favores de Granada se empiezan a cumplir desde San Cecilio en la tarde del viernes, sumidos en melancolía, tristeza y borrachera de devoción cristiana... así se siente un cofrade en el campo del Príncipe cuando el Crucificado realejeño, baja desde su Parroquia camino de la Catedral. Desde las tres de la tarde, desde el sublime acto, cada año es nuevo, hasta que el Cristo de Piedra se hace hombre en agonía, y sale al sol



de la tarde de su recoleta plazuela, queriendo bajar la cuesta, como niños que juegan, rodando hasta agarrarse con fuerza a los árboles de la plaza, hasta encontrarse las dos devociones, como si de un éxtasis se tratara, los favores se multiplican, el fervor se desborda, y el Realejo se hace Gólgota.

No cabe más barrio bajo ese Paso, no se puede sostener a costal tanto sabor cofrade, tanta devoción en estado puro, tanto fervor desbocado, tanto respeto, y tanta entrega de una ciudad a la advocación de Cristo crucificado, por la que más siente y a la que más le reza.

Al Cristo de los Favores se le tiene que rezar quieto y en silencio, así es durante todo el año, ante el faro vigía que protege al barrio, atalaya de devoción, desde que el Cristo gris y pétreo escucha oraciones de quienes se agarran a la verja de su alma, y dejan flores a los pies de sus creencias. Así recuerdo en mi infancia, desde el coche, en familia, rezar los tres Credos, los viernes, ante la estatua sagrada, unos minutos de devoción antes de volver a casa.

Pero solo es el Viernes Santo, y solo en la hora en que la tarde empieza a morir, en que el sol de un día enlutado empieza a desaparecer, en que el Cristo de Piedra se convierte en mecida, en olores y sonidos de marcha procesional, cornetas y tambores, para el Cristo de los Favores que pasea por Granada, como el amor de los amores.

## *Una lanza atraviesa el costado de Jesús*

Piedad y barbarie se unen sobre un Paso el Martes Santo. Zaidín en estado puro, Santísimo Cristo de la Lanzada, viaja a Granada desde lejos, penitencia hasta el final, devoción y recogimiento en diez horas de oración.

Para acelerar la muerte, a los crucificados les quebraban los huesos de las piernas, el cuerpo se desplomaba, el pecho gemía, y la asfixia total llegaba, preludio de muerte instantánea. Pero para que se cumpliera la

profecía, Jesús ya estaba muerto y no hubo necesidad de quebrar su cuerpo entero, ya mutilado en todo exceso. Y si Longinos no se fiaba de que Cristo hubiera muerto, si entre los soldados romanos ya había alguno que, al salir del Zaidín, advierte que el crucificado entre ladrones, era verdaderamente justo, tomó la decisión terrible de traspasarle el alma con una lanza.

El romano tomó puntería y dirigió la lanza contra el pecho de Jesús, y el pilo penetró entre la quinta y la sexta costilla. Y nuevamente el Darro y el Genil van a fundirse en su lecho de unión con una fuente de agua y sangre que brota del pecho abierto del Cristo muerto. Nada misterioso hay que buscar en el hecho de ver llegar a la Vega -desde ese instante sagrada-agua y sangre del Santísimo Cristo de la Lanzada. Sino algo natural y transparente, como la sangre de la alianza anunciada por Jesús y el agua del bautismo con la que fue bautizado.

Pero el imponente Paso del Santísimo Cristo de la Lanzada, con majestuosidad solemne, con gravedad de muerte, surca Granada con otra intención subyacente. Para convertir a los no creyentes. El costado traspasado de Cristo fue tan grande, que la mano de Tomás cupo dentro. Incrédulo discípulo, incrédulos cristianos... cuando nos fallan las fuerzas, cuando nos asaltan las dudas, debemos recordar La Lanzada, avanzando por derecho, abarcando Granada entera, demostrando a los granadinos que la lanza le marcaría, para que nunca olvidemos que el que llevan los zaidineros, resucitará al tercer día.

*Jesús es descendido de la Cruz y  
entregado a su Madre*

José de Arimatea corre desde San Jerónimo a la Alhambra. Tiene el permiso oportuno para desclavar a Jesús y enterrarlo. Y quiere avisar a la Madre, en Comares recluida, de que su hijo ya ha muerto para que venga a despedirlo. En el Monasterio, junto a la Cruz, le espera Nicodemo. Un saduceo y un fariseo para descolgar a Jesús muerto.



José de Arimatea era un hombre de posibles, y gastó cien libras en el viejo Zacatín para comprar sábanas y sudarios, y en la misma Alcaicería, traído desde una alhóndiga, una mezcla de mirra del Yemen y áloe de Socotra, traído por los nazaríes para embalsamar a Jesús, antes de darle tierra.

Pero no llegará a la Alhambra, porque la Madre angustiada ya baja en trono de plata, a encontrarse en Plaza Nueva con su hijo de la Misericordia. Este año, una Cruz de Guía solemne y silenciosa bajará desde los bosques a encontrarse con el Hijo muerto, con el silencio del Darro o con el Redentor zaidinero.

Y el calvario de luz blanca de Sábado Santo, de resurrección presentida, este año será, desde la colina roja, Gólgota de sangre; y de las llagas del Señor, brotará más que nunca flor carmesí y morada, y el agua de su costado será surtidor de la Alhambra.

Desclavado Jesús con mimo, como si solo estuviera dormido y pudiera despertarse, lo descenden de la Cruz con cuidado, depositándolo en el altar improvisado donde habrá de estar un grandioso retablo, sobre una gran escalinata, en el Monasterio de San Jerónimo. El Gran Capitán y su esposa, Doña María de Manrique, quisieron enterrarse a su muerte en aquel sagrado espacio. Las monjas rezando van por el Claustro, y hasta la Reina Isabel de Portugal y su esposo emperador, regios residentes, han salido compungidos y serios, y oran también por la muerte del Señor.

Y desde el Compás, atravesando la vieja puerta, recuperada en la Vega, allá por los años sesenta, sale la comitiva de negro y amarillo, llevando a Cristo muerto, camino de su entierro.

Escaleras en el pecho, nazarenos con farolillos, precedidos por las Chías, una morada y otra negra. Heraldos de luto iniciando el cortejo; ¡silencio, niños, que viene Cristo muerto!



## *El Señor es preparado para ser sepultado*

El Señor muerto en urna de cristal y carey, caballeros nobles a su alrededor, con luto casi engolado de siglos y tradiciones. Más acá del Paseo de los Tristes, inicio de comitivas fúnebres, desde la Carrera del Darro, parte el Santo Entierro hacia la Catedral de Granada. Cristo yacente, inerte, sereno en el momento más oscuro de la cristiandad, el Señor sufriente, descansa tranquilo, reposando sin dolor, en las horas más inciertas de la humanidad. Ataúd para el Cuerpo presente del Redentor. Escolta de militares, hoy ciudadanos de paz en conflictos de siempre. Nadie les niegue su sitio, y la honra de quienes están dispuestos a perder la vida propia por proteger a los demás. Autoridades en la oficialidad del cortejo, simbolizando todavía que el poder político, aunque soberano, se somete al poder de Dios. Recuerdos de infancia de Viernes Sagrado, circulación detenida, música sacra, titulares periodísticos a primera plana. Más vale el presente, con el luto en el alma, que no en la cara, pero la esperanza latente de que, tras el dolor del entierro, el júbilo está próximo, que terminada la hora de la nada, se alcanzará por fin la gloria. En el cementerio de San José, los que esperan la vida del mundo futuro, cada Viernes Santo renuevan su credo, esperando con el Cristo de San Gil la resurrección de los muertos.

## *El Señor en los brazos de su Madre*

En la Alhambra sultana, una Reina llora sin consuelo mientras baja a Granada, melancólica su cara, divinas sus manos, tomando las del Hijo muerto como si de rosas se tratara. Una espada de oro y plata le atraviesa el alma, y mientras la Madre llora, las fuentes se paran y la Vela toca a duelo. Luto en las altas torres, pena en Lindaraja.

María pasa por las Granadas, con la piel tersa, bañada en aceites de almendras, rosas y nenúfares, jazmines y albahacas. Para que no se note que ha llorado, colirio para sus ojos, hecho con agua nevada con jugo



de bayas de arrayán y khul. Es inútil, porque las lágrimas de la Sultana se clavan en nuestra alma, y recorren su rostro sagrado, para acabar en calvario de lirios morados. Al pasar el arco del Vino, y después el de la Justicia, antes de que la luz se haga cristiana, al Paso de Plata sus hijos de oriente le ofrendan incienso amarillo y blanco, y mirra de rojo cristalino, al tiempo que en pebeteros al viento, se quema el almizcle con el ámbar gris, y el sándalo *maqasirí*.

Y cuando María, con su hijo descendido, llega a la Catedral, cuando los Reyes Católicos despiertan en alborozo, y a postrarse ante Ella, se afanan por llegar, sus hijos y fieles se la llevan deprisa, subiendo Gomérez a paso *mudá*. Ya se conoce en su rostro que ya se lo han dicho, que por Regina y Vergeles se sabe la noticia, que el Señor que llevas en tus brazos, pronto te quitará la angustia, que al que habían crucificado en el Darro, resucitará en este día, que cuando pases los cañones, Santa María de la Alhambra, dispararán por ti cien salvas, que tu Hijo vivo ya va por Granada, que cuando las flores de tu Paso se vuelvan blancas, tu capataz gritará: ¡viva la Virgen de las Angustias Coronada!

## *Resucitó al tercer día*

Campanas de barro recorren el centro, El Dulce Nombre, El Niño Dios, el Cristo Resucitado, el Jesucristo Eucarístico, Niño Pasionario, candorosa expresión de amor, dirigida hacia el cielo, sosteniendo la cruz del sacrificio, en caoba y marfil mientras nos bendice con la diestra. Túnica blanca, bordada en plata y sedas. Facundillos en Gloria, resurrección temprana, los niños de Granada te llevan en volandas.

Desde San Miguel Arcángel, Jesús resucita en Misterio. De su sepulcro ya vacío el Señor ha salido triunfante. El Señor de la Resurrección se va a aparecer a las mujeres; el ángel, como en el huerto, le muestra el camino, pero ahora el Señor no duda, el que sufrió por nosotros, es ahora vencedor sobre la muerte, conoce su destino. Los soldados que custodian

la tumba caen al suelo, rendidos ante la luz cegadora de Cristo, la que deslumbrará después a Saulo, al convertirlo al cristianismo.

Y desde Regina Mundi el Señor ya resucitado se aparece por Granada, ante las santas mujeres, ante la Magdalena resignada; las calles de la ciudad serán calzada de Emaús; y Cristo volverá a ser visto en el Cenáculo, pleno de salud, en la tarde de Pascua; en el Lago Tiberiades, donde Jesús resucitado mandará a Pedro a apacentar su ganado.

El Resucitado de Regina, la Resurrección del Zaidín, llevan al culmen glorioso la Semana Santa que toca a su fin. Tiempo de Pascua, de júbilo, de gloria. Tiempo sin nostalgias, sin penas ni llantos. Todo cobra sentido, el sufrimiento no fue en vano. Sobrecogidos por la noticia, siempre nueva aunque cada año sea la misma, celebrada por los siglos como rito ancestral, Cristo deja de ser hombre venciendo la muerte, y el olor a incienso se disipará con el viento, y la cera derramada se hará Cirio Pascual.





## -IV- Stabat Mater

### TRAMO DE VIRGEN

*Estaba la Dolorosa  
junto al leño de la Cruz.  
¡Qué alta palabra de luz!  
¡Qué manera tan graciosa  
de enseñarnos la preciosa  
lección del callar doliente!*

*Tronaba el cielo rugiente.  
La tierra se estremecía.  
Bramaba el agua... María  
estaba, sencillamente.*

*(José María Pemán)*

### *Letanía de María*

**Paz** por Elvira, paz para todos. Manto azul de cielo, bambalinas que cantan salmos en la entrada de Jesús en la ciudad santa.

**Victoria** en Santo Domingo, detrás de tu Hijo amado, Ave-María en las caídas, te saludamos a tu paso, Señora, y gritamos: ¡victoria al pecado!

**Maravillas** te llaman; no hay mejor nombre, ni más adecuado; maravilla marcha junto al Darro, rumor de agua que clama, tras el Cristo Sentenciado, el corazón apenado, no hay pena más grande que escuchar de Pilato que el Hijo será crucificado.

María de la **Encarnación**, nueva daga de oro y rubíes traspasa tu pecho; ofrenda de tus hijos más jóvenes. Detrás de Jesús prendido, tu serenidad es virtud y valía. Cautivo va el Señor, cautivo el corazón de María.

María Santísima del **Dulce Nombre**, lamento crispado por el llanto, a tu Hijo Despojado esperas en tu Parroquia, que San Emilio es tu casa, que desde que los Seises de la Catedral danzaran alegres en tu bendición, tus hijos devotos ansían la llegada del gran día, en que subas San Antón.

**Amargura**, Señora, azul del mar en tu manto, candelaría de oraciones y súplicas alumbran tu rostro sereno. Mientras el Maestro reza en el Huerto, su Madre apenas comprende, y por el Realejo marcha una amargura resignada, confianza ciega en el Padre, cuya voluntad tiene que ser aceptada.

**Dolores** me estremecen al sol de tarde sobre San Pedro y bajo tu palio. Tres clavos en tus manos se clavan también en tu pecho. Vahído tu rostro, rosa tu faz turbada, clavos de muerte que brillan, clavos que nos darán la vida.

Madre y Señora de la **Consolación**, consuelo de los afligidos, con el discípulo amado y Santa María Magdalena; mediadora; madrigal de doce versos medidos son tus varales de plata; silenciosa conversación, al pie de la Cruz, callada. Purificando vas el aire, con tu aroma a pitiminí y paniculata.

**Luz**, como una llama oscilante es tu mecida de palio, con el aire perfumado de incienso, claridad en la revirá, aun sin ver todavía tu Paso, sabemos que viene la Luz, alumbrada por tu candelaría, zaidinera de tronío, Madre del Corpus Christi, María.

**Soledad** en el escarnio, soledad ante un sudario. De la dignidad de Jesús no queda nada, los soldados le dan martirio, y la Madre imagina su



muerte al pie de la cruz sentada. María llora sobre caoba y plata. Sabe ya que estará sola.

**Esperanza**, madre y Señora de Santa Ana, bajo tu palio imponente, belleza esperanzada, que el Gran Poder del Señor nos salvará de la muerte, la esperanza es nuestra fuerza, que llegará pronto el día en que tu venerada Imagen por siglos, en la Catedral de Granada, haya de ser solemnemente coronada.

**Caridad** zaidinera, y de todos los granadinos, acompañando va a Cristo traspasado con lanza, y tu nombre lo dice todo, caridad, amor a Dios sobre todo, y al prójimo como a nosotros; caridad frente a la envidia, auxilio de los necesitados; y caridad también es, para los marinos, un ancla de respeto, que en la singladura hacia Granada, fondearás sobre tus hijos, para que los más devotos te griten: ¡Caridad, guapa!

**Lágrimas** lloramos tus hijos, al ver a Jesús en Amargura, si al Señor alcanzaras, por San Juan de los Reyes, la Cruz le quitarías, y, como Madre que eres, Tú se la llevarías.

**¡Penas** más grandes, Señora! María Santísima y Madre, paloma en tu manto, Espíritu Santo, cinco lágrimas en tu cara, mirar no quieres las llagas, la pena nos sobrecoge, al ver a Jesús azotado, pero al menos tienes a tus hijos, de hábito blanco y morado, que adonde Tú quieras ir te llevan, sin separarse a tu lado.

María es del **Sacromonte**, serena de día, alegre de noche, cuando sales de Granada tu pena te tiene vencida, pero al llegar a tu barrio de cuevas, sangre gitana se extiende por cada una de tus venas, y a fuerza de cantar rezando alivias todas tus penas.

Nuestra Señora de la **Merced** es elegancia de belleza pura y serena, Madre redentora de las Carmelitas Descalzas. Misterio de la Encarnación en tu techo de palio. Y a San Juan de la Cruz y Santa Teresa, los llevas en relicario.



**Rosario**, de cuentas engarzadas con la devoción de tu barrio. Virgen del Rosario, vencedora de batallas. Rezarte yo quiero una salve por cada mecida de tus bambalinas, un Padre Nuestro de las Tres Caídas, y cinco Ave-Marías de Rosario marinero, Señora de Santo Domingo, al que tú misma en persona le enseñaste a rezarlo, iris de eterna ventura, Capitana del Realejo, Palio de dulzura, Letanía de nazarenos, Estrella de los mares, Madre del Divino Amor. Patrona ya eres en Jerusalén de los cristianos fervorosos, quienes desde Tierra Santa aliviar quieren sus misterios dolorosos.

Virgen de los **Remedios**, tus hijos devotos andan buscándote un palio, para cubrirte de amores, de ofrendas y de oraciones. Señora de San Justo, qué ganas tenemos de verte, para rezarte la letanía del Santo Rosario, bordada en tu saya dorada, con mimo y esmero, oraciones habrá en la mecida, himnos en el andar costalero, ¡*Gaudeamus* María, Reina y Madre de los estudiantes, sin pecado concebida!

La **Concepción** no cabe en sí misma; buscando va a su Hijo por las calles empedradas del Albayzín bajo. Al llegar cerca del Convento, María lo divisa a lo lejos, en algunas callejuelas se logra ver el madero. Y allí se encuentra con la Madre, y el dolor le descompone. Candelas de luz, mariposas de amor, alumbran tu drama. El Señor se entrega por la humanidad que ama.

**Aurora** sobre Granada. Cuántos albaicineros, al despuntar la mañana, piensan primero en la Aurora, Madre a la que ofrecer el día. Dejarse guiar por su luz, conducirse y navegar por el mar de la vida, bajo el timón de sus ráfagas, las de su nueva Corona. ¡Cuánto te quiere tu barrio!, ¡cuánto te quiere Granada!, ¡y cuánto el que te pregona!

**Estrella** del Albayzín, orquídeas te adornan, bajando a Granada; Tú también buscas a Jesús en las callejuelas del barrio, a la plaza del Salvador salen tus hijos a verte, intercede por los que te lloran, pasas entre azahares, mimosas y acacias, y cuando subas por Panaderos, de los cármenes del Macasar, del Aqualuz, de Santa Elena y de la Alcazaba, te



traerán arrayanes y madreselva, y de nuevo, por Pagés, brillarás en la noche, más que cualquier estrella.

**Salud** para los enfermos, Madre Salesiana, redentora del Zaidín, Salud es verte cada año, mirándote fijo a tu rostro, acompañando al Crucificado, por quien vivió San Juan Bosco. Y salud te pedimos, Señora, salud para poder ir a verte, para que se la des al que le falte, para nunca dejar de quererte.

**Amor y Trabajo**, deseos del ser humano, Virgen ferroviaria, tu pena llevas oculta, pero belleza ofreces por fuera; la de tu nueva sardinetas de tisú celeste, en oro y seda; pecherín de terciopelo granate, te hace aún más coqueta; Virgen de San Juan de Letrán, tu Iglesia en tamaño es menuda, pero tus fieles te veneran y arropan, como si tu templo pequeño fuera la mismísima Archibasílica de Roma.

**Misericordia**, Reina del Realejo, Señora de los Favores, cuando llegas al Príncipe, Granada ya está rendida de amores, tus hijos te hacen ofrendas, con maestría es tu andar costalero, tu barrio te reza y te pide, tradicionales son los piropos, a la que es Madre de Granada, la que es greñúa para todos, la que bajo palio va coronada.

**Mayor Dolor** no tiene posible consuelo, tiene una pena muy grande, pero en la noche del Viernes Santo, al ver expirar a Jesús, entre hogueras de agua y fuego, tu cara se ilumina, y todos tus hijos te arropan, por eso te quieren tanto, desde Granada hasta Roma.

**Soledad del Calvario**, soledad en Gólgota. Madre orante, lúgubre estampa, serenidad en el rostro, compungida está la Madre, que su Hijo ha muerto, por Santa Ana lo llevan, en urna de Santo Entierro.

**Soledad de Santa Paula**, Madre sola en el Convento, melancolía del Señor, luto por el Salvador, manto bordado de lágrimas, perlas derrama tu cera, acompaña al Señor yacente, cuando por el Compás de San Jerónimo y el claustro del Monasterio camina la madre doliente.



**Angustias**, estás Coronada de amores y devociones, al Sagrario te llevan tus hijos, en la Catedral te retienen fervores, pero en la Alhambra tienes tu casa, donde te visitan los embajadores, eres Reina de los reyes más grandes, del mundo entero postrados en tu altar los tienes, y en medio de tu gran tristeza, alegre se pone tu cara, cuando a tu Hijo descendido tus fieles devotos le rezan.

**Nuestra Señora de la Alegría**, contenta recorre Granada, buscando va a su Hijo, las monjas le dicen por dónde. Que el Señor ha resucitado, verlo de nuevo imagina, lo anunciado por fin se cumple, fiesta y júbilo en Regina.

**Santa María del Triunfo**, la resurrección se ha confirmado, María a su Hijo ha encontrado, y bajo palio blanco de pureza, desde San Miguel Arcángel, bambalinas alegres meciendo van tu grandeza. Ya solo hay triunfo en la resurrección, ya no hay pasión ni tristeza.





## Palermos de Cierre

Todo terminó y comenzó en la Cruz. Dentro de pocas semanas, Granada se poblará de cruces, cruces de pasión que dejen paso a la Gloria, todo empezará con una Cruz de Guía. Cruz en el Perpetuo Socorro, cuatro y media, Domingo de Ramos. La llave de la Alhambra llama en el alma de las conciencias dormidas. Los que se acuerdan de Cristo de Ramos a Pascuas. Cruz de Guía en San Juan de Dios, Cruz de Guía en el Hospital de San Rafael, con los enfermos que la portan, diputados de Cruz en el camino hacia el Cielo. Cruz en todos los hospitales, Cruces de Guías son los goteros arrastrados por pacientes desahuciados de dignidad y salud. Cruz de Guía en los cementerios, miles de cruces blancas; Cruz de Guía en las residencias de ancianos, cruz de soledad y abandono, Cruz de Guía en las cárceles, en los burdeles; Cruz de Guía en los colegios, en las Escuelas, sobre las pizarras, en los dinteles de las puertas, Cruces en los Tribunales, Cruz de Guía en las casas, ningún hogar de un cristiano sin el símbolo visible de la Cruz de Cristo, enraizada en la Europa cristiana, sobre la que se ha construido nuestra civilización. Ahí es nada, hermano, lleva tu Cruz alzada con orgullo y respeto. Símbolo del que murió por nosotros, de nuestras creencias, de nuestra fe. Nazareno que abres el cortejo, abraza la Cruz de Cristo, y párate a mirarla.

Cruz en el Arco de Elvira, Cruz en Santiago, Cruz en Puentezuelas, Cruz en la Avenida de Dílar, Cruces en Plaza Nueva, Cruz en Jesús y María, Cruz en los Vergeles, Cruz en el Arco del Vino, Cruz en el Chapiz, Cruz en Constitución, Cruz en la Carrera, Cruz en San Juan de los Reyes, Cruz en Concepción de Zafra... Granada es una Cruz entera, símbolo y bandera de Cristo, motivo de gloria. El que Pablo pregonaba, que con la cruz histórica había terminado la antigua creación, y a partir de ella, había empezado una nueva.



Llevala sin temor. Sustraela a los falsos hermanos que también Pablo denunciaba, los que querían abolir la cruz, *“porque son muchos, y ahora os lo digo con lágrimas, que son enemigos de la Cruz de Cristo”*.

Recuerda, nazareno, las palabras de mismo Jesús: *“Llebad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”*.

¡Exhíbela hermano sin pudor! ¡Tómala con decisión! Y ten siempre presente a Jesús que dijo: *“el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí”*.



Y termino pregonando que creo en Dios firmemente, que nada me preocupa al creerte. Que creo en el Dios de todas las cosas buenas. Que creo en Dios de tertulia, de cofrades y costaleros, de fieles y de curas, de bar, de esquina, de sacristía y de capilla. De serena conversación, de animoso debate, devoción que late, profunda, en el corazón. Tertulia en *el Sota, el Braserito o el León*. Proyectos perdidos en el camino, vividos en *el Curro*, el del *Peñón*, o en el de la Acera del Casino. En *La Antigua* o en *el Cordones*, incienso en *el Tabernáculo*, un amigo, un vino, un pregón no leído, poesías de madrugada, amistad sin condiciones, Casa de Hermandad en San Gil, Campanario en Santiago. Bar que no cierra, esposa que espera, un Prioste cansino; muy tarde la cita; cena fría, madrugada cofrade, sana y bendita.

Creo que Dios está en las Vísperas. En los preparativos. En los prolegómenos. En la Tribuna mojada, alivio del agorero. En la ilusión del acólito, en los nervios del monaguillo, en la responsabilidad del patero, en la soledad del muñidor. Dios está en los rezos de traslados, en la plegaria



del Triduo, en la Salve en latín, con letras imposibles, reinventadas al oído. Dios está en el retranqueo del Príncipe, deshojando la *petalá*, ajustando la candelera, cosiendo faldones, limpiando la plata, decapando cera, cortando pabilos. Dios está en la primera *levantá*, y en la penúltima *convidá*.

Y, cómo no, Dios está en el silencio del Vestidor, guiando sus manos certeras, todo adorno es poco para la Madre del Redentor. ¿En qué se piensa, hermano, mientras delicadamente ajustas la saya a la Virgen, sobre su cuerpo imaginado y respetado como ningún otro nunca haya habido, ni haber pueda? Hace oración la cercanía de María, intimidad preservada, un gozo callado. Qué orgullo tan sublime, colocarte el pañuelo, colgarte los rosarios, ofrendas anónimas de tus hijos sufrientes, ajustarte el fajín, fijarte broches, joyas, y colgantes. Qué instante tan duro, entrelazar tus manos, entregarte los clavos plateados sacados de la Cruz de tu Hijo, clavarte el puñal en tu pecho, limpiar tu mejilla, sin tocar tus lágrimas perladas. Vestirte, Madre, entornando los ojos para no imaginar siquiera tu desnudez sagrada. Ponerte guapa y coqueta, sin poder quitarte ni dolor ni pena.

Y Dios está en la casa, en forma de madre, planchando una capa. Cosiendo el capillo. Remendando capirotes, haciendo pestiños. Estirando el ruán, buscando imperdibles, preparando bocadillos. Buscando la bolsa de calcetines blancos; quitando cera de los guantes; fijando la peina, sujeta por mil alfileres negros. Sacando con cuidado el Rosario de nácar, vivo el recuerdo de quien hace años lo rezara. Eligiendo pendientes discretos. Y que no se pierda la Medalla.

Y creo en Jesús hombre bueno, en el Cristo de cada día, en sus miles de caras y sus muchas devociones, creo también que es el mismo, y que en cada esquina se multiplica para cumplir sus promesas, y salvar nuestras almas. Creo en el Cristo costalero, nazareno y penitente, creo de verdad que en cada calle, el que va encima del Paso es el Señor viviente, creo que muere por ti y por mí, y que, tras morir, resucita al domingo siguiente. Como creo que a María hay que mecerla suave, como se mima a una madre que pasa muy mal momento, y hay que adornarla, besarla y

bailarla, para quitarle todas las penas. Hay que darle perfume, joyas que sean promesas, cera que sea ofrenda, incienso que al cielo la lleve.

Y creo por fin en el Cielo, en la Gloria eterna y perpetua. Pero también creo, a carta cabal, que el Cielo es el entrecalle de un Paso de Palio del que San Pedro es su patero, y Antofín su capataz. Creo que morir a los pies de un Paso, entregar el alma a los pies del Nazareno, es como haber llegado antes de tiempo al Reino. Creo que bajo la túnica en noche negra de Semana Santa, cuando el frío de Plaza Nueva penetra por las costuras y las bocamangas, cuando el calor de la vela es además luz para meditar la espera, cuando el incienso es aroma y alimento para las venas, cuando el racheado es música y la saeta oración, cuando la *madrugá* se hacen notas y acordes que hasta el Señor te llevan, y los ciriales anuncian altares, donde los Cristos se muestran, en ese instante Dios sale de la nada, de la invisibilidad a la omnipresencia, y se hace hombre en la Semana Santa de Granada.

He dicho.

*Antonio Olivares Espigares*

**Pregonero Oficial de la Semana Santa de Granada, 2009.**



### *Antonio Olivares Espigares*

Nace en Granada el 14 de septiembre de 1964, Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada, es abogado de profesión, actividad que compagina con la de copresentador en medios de comunicación locales de programas sobre el mundo del cine. Es hermano de la Cofradía de Santa María de la Alhambra desde su nacimiento, en la que, en los últimos ocho años, desempeña cargos de responsabilidad. Su devoción a la Santísima Virgen de las Angustias Coronada le viene, además, por tradición familiar; hijo del añorado Antonio Olivares Cano, que fuera Hermano Mayor de dicha corporación durante un largo periodo de tiempo, y quien tuviera cargos en la Federación de Cofradías en distintas etapas. Es también hermano de la Hermandad del Gran Poder de Sevilla, también por tradición familiar, desde hace más de 30 años. Ha vivido la Semana Santa de esta ciudad, cada año, ininterrumpidamente desde su nacimiento, desde el palco familiar de la Tribuna Oficial de la Plaza del Carmen. Está casado, y espera su primera hija que deberá venir al mundo en fechas cercanas a la fijada para que su padre pronuncie el Pregón Oficial de la Semana Santa de Granada 2009 desde el escenario del Teatro Isabel la Católica de esta ciudad.



**REAL FEDERACIÓN  
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS  
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD  
DE GRANADA**

Plaza de los Lobos Nº 12  
(Centro Ágora, Antiguo Hospital de la Misericordia)  
18002 - Granada • Tlf.: / Fax: 958 80 49 97